

orgullo de muchas inteligencias otras mil lúgubres discordias. El universo todo, el alma entera, vinieron a convertirse para el pensamiento disolvente en una muchedumbre de paradojas y de antítesis; y como el pensamiento no se aplaca ni detiene cuando le empuja una tendencia radical, llegó a los últimos trances de la negación y del absurdo. Una vez redimido de su infantil esclavitud, no le bastó vivir independiente: hízose Rey, juzgóse Dios, repudió las cosas sensibles como ilusiones y apariencias; acabó por renegar de sí mismo y aniquilarlo todo para volver al caos. ¿No es ésta en síntesis, la historia de la Filosofía, abandonada a las solas fuerzas del discurso?

Todas las ansias de unidad, todos los ensayos de concordia hubieron de estrellarse contra los muros de bronce, contra las férreas antítesis elevadas por la propia Razón, convertida al cabo en tirana del mundo, en dictadora de las otras facultades del espíritu. ¿Cómo reducir a unidad ante la sola razón, no ya divorciada de las cosas exteriores o sometida a ellas con ciega servidumbre, sino en disputa con las demás potencias del alma; cómo traer a vínculo racional y juicioso elementos que la razón opuso dentro y fuera de sí como contrarios e irreductibles, diferencias cada vez más adustas e inconciliables cuanto más conocidas y razonadas? ¿Cómo juntar en una síntesis superior, en una ciencia universal el hombre y el mundo, el pensamiento y la vida, las ideas y las cosas, la especulación y la práctica, sin caer de bruces entre las sombras de un idealismo fantaseador o en los cienos de un naturalismo brutal sin la inocencia ni la alegría de la pasada niñez? Hace ya muchos siglos que no pocos hombres, los que se jactan de

libres e independientes, se interrogan así padeciendo las entrañables torturas de esa tragedia espiritual, condenados a mirar siempre, con angustia desesperada, en las tinieblas de sí mismos, cómo se hacen pedazos entendimiento y corazón...

Ello era lógico y fatal en las terribles soledades de la Edad Antigua, cuando rotos los mármoles de las aras, derribados los dioses al ímpetu de las nuevas ideas trascendentales, no había aún amanecido en el mundo el sol de las verdades evangélicas; mas, desde el punto y hora de aquella mística Alborada, de aquella reveladora Epifanía, ofrecióse a los hombres, «ab aeterno», en la sagrada Humanidad de Cristo el sumo vínculo de unión; el lazo amoroso de todas las criaturas, la paz y el orden de todas las cosas, el raro secreto con que «reducir a unidad la muchedumbre de todas las diferencias». Ya desde entonces no hubo más razón que la soberbia y el desdén humanos para esa lucha dramática en las sombras, pues que en el fosco de ellas aparecía un reguero de luz, de luz inmortal, adonde embestir, con aletazos de pujante albedrío, las ansias del corazón, las ambiciones de la mente, todas las fuerzas, los apetitos, los insaciables deseos de las entrañas del alma. Porque en el Hombre-Dios se juntan y conciertan lo humano y lo divino, la Tierra y el Cielo, lo natural y lo sobrenatural, la ciencia y la hermosura, el amor y el bien, la voluntad y la razón, la idea eterna y la experiencia viva. El vino a ser, maravillosamente, la Comunión Suprema de lo ideal y lo real; el ideal supremo del espíritu —Dios— realizado históricamente, hecho hombre en la tierra, hecho naturaleza sensible y dolorosa en la Cruz, hecho carne y

sangre, perpetuamente, en el Santísimo Sacramento del Altar.

## LA FILOSOFÍA CRISTIANA

Por eso la filosofía cristiana es luz y es orden, paz y sosiego, unidad y armonía; por eso fuera de sus rutas se despedazan implacables, como hermanos que se aborrecen, el pensamiento y el corazón; por eso nuestra Patria, que es la nación católica por excelencia, tiene por rasgo principal de su carácter histórico el nùmen conciliador y sintético, el firme y sesudo convivir de la inteligencia y la voluntad, del contemplar y el querer, de las razones y las obras, tal como se manifiesta, singularmente, en los dos más altos luminares de su espíritu: la teología dogmática y la teología mística.

Pues si quisiéramos cifrar, como en modo heráldico, las virtudes intelectuales y morales de la estirpe, los rasgos íntimos de la tradición española, bastaría una sola palabra, que me place repetir muchas veces, una palabra fuerte y suave, transparente y serena, plástica y eufónica, dulce a los ojos y al oído, al entendimiento y al corazón: «armonía». Y esa palabra helénica, perteneciente ahora por derecho propio al genio español y cristiano, cincelada, bruñida y acicalada está, con primorosos y elegantísimos perfiles, con rubias luces y perdurables caracteres en el cielo y la tierra, en los palacios y los templos, en las escuelas y las glorias, en los paisajes y las almas, en el ayer y el hoy de esta ciudad de oro. Armonía: eso fué siempre vuestra rùtila y pròcer Salamanca. Armonía de la investigación y la fe, de la poesía y la ciencia, de la actividad y el reposo, de la pasión y la beatitud; orden, majestad y concierto de todas las facultades del espíritu sin mengua de la pujanza, diversidad y muchedumbre de las cosas. Armonía en los versos y en los diálogos de Pray Luis,

a cuyo son divino  
el alma, que en olvido está sumida,  
torna a cobrar el tino  
y memoria perdida  
de su origen primero esclarecida.

Fácil ajuste, primoroso encaje, inesperada fusión de las culturas más opuestas, de los estilos más extraños, en las joyas del arte monumental, en esas dos catedrales —una sola, por espaciosa que fuere, no bastaría a un corazón como el vuestro—, en los muros de San Esteban que desafían a los siglos bajo la pesadumbre de su gloria; en las magníficas opulencias de la Universidad; en toda esa masa imponente de arquitectura religiosa y civil donde los temas góticos, bizantinos, árabes, griegos, romanos y platerescos se funden sin disonancia, como en una estupenda sinfonía, como raudal de notas en un acorde sonoro. Inefable amistad de todas las cosas en el ambiente, armonía de las piedras doradas con el aire y el sol y los colores de la tierra y del cielo; maravillas del ritmo; de proporción, de congruencia física y espiritual en los palacios de las Conchas y Monterrey, en esas torres y cresterías que plagiadas y contrahechas fuera de aquí pierden el hechizo de su personalidad inconfundible.

## SALAMANCA, ESCUELA DE ARMONIA

Virtudes de unidad también, equilibrio robusto y armonioso, más claros y patentes todavía, en las Escuelas y los doctores salmantinos, en aquellos severos patriarcas de la erudición española, desde el instaurador de los estudios

filológicos, Antonio de Nebrija y el grande polígrafo Pedro Ciruelo, a los maestros de humanidad y elocuencia, el Pinciano y el Brocense, varones universales, dechados de lucidez, integridad y euritmia, cuya insaciable curiosidad intelectual, cuya vocación multiforme, no bastaban a satisfacer las más opuestas disciplinas, las zonas más oscuras y vírgenes de la naturaleza y el espíritu. Así las ciencias matemáticas y astronómicas, la medicina, la música, las lenguas orientales, la filosofía del derecho, las artes de aplicación, alcanzaron aquí tan luminosa celsitud, bajo las lumbres que encendía el fervor teológico en aulas y monasterios, en los claustros y en los cármenes, en la vega mística del Tormes, en el huerto platónico de la Flecha...

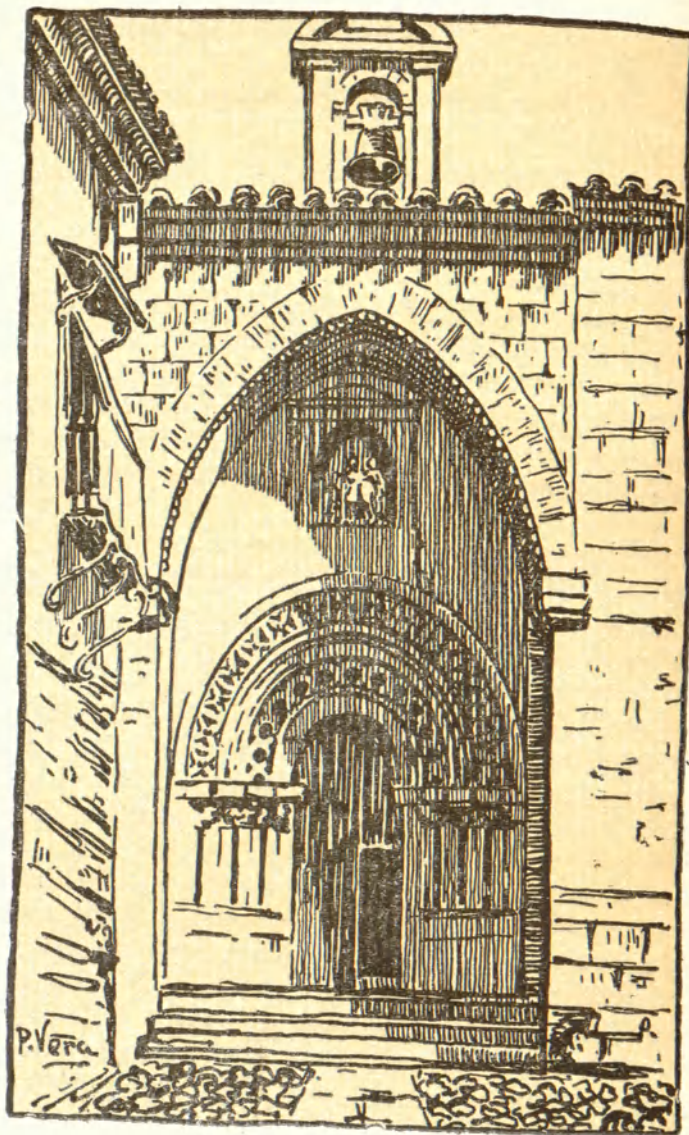
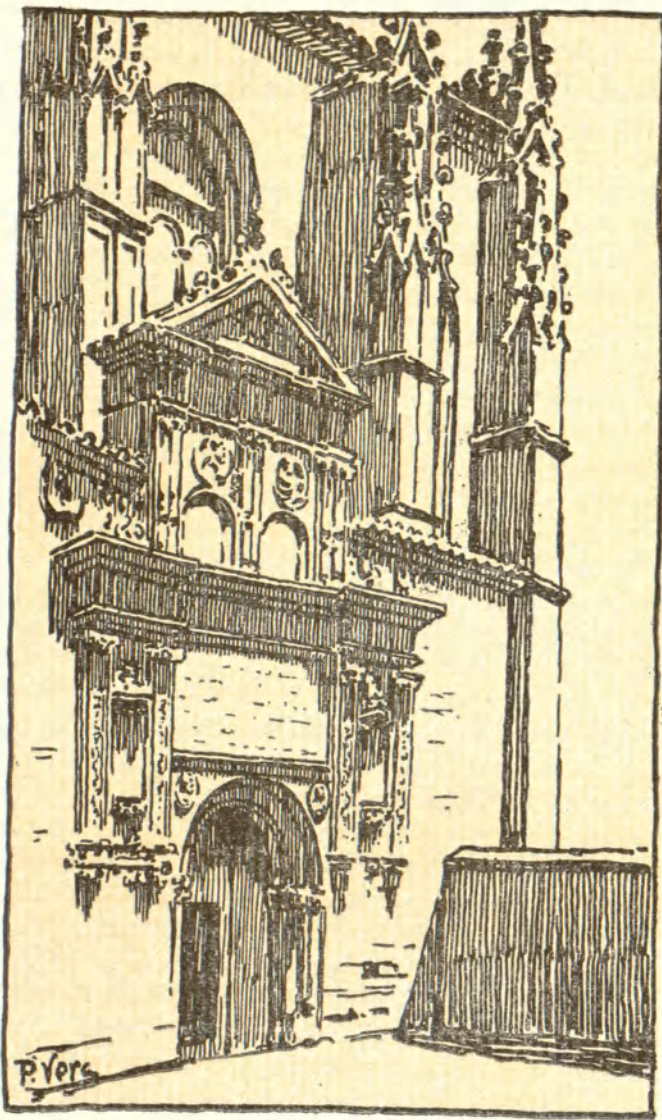
Armonía, en fin, la más alta y noble de todas, en las almas tensas y valientes de los Medinas y los Bañez, maestros y guías del más glorioso y concertado espíritu que hubo, tal vez en la tierra: nuestra Santa Patrona Teresa de Jesús. Consonancia admirable, entendimiento cordialísimo, en aquel otro varón, «Sócrates de la Teología», que, luego de arribar a las cumbres del puro conocer, descendía, inflamado de justicia y de amor hacia los hombres, a instituir la Ciencia del Derecho de gentes, a rehacer las bases de la Moral de los pueblos. Intuición prodigiosa de las supremas armonías entre lo divino y lo humano en el augusto «Cicerón de las Escuelas», que, discurriendo en el Concilio tridentino, luz y honor de los doctores de Salamanca, sobre los misterios de la Eucaristía, excedió las alturas imponentes a que pueden llegar la razón y la fe, la ciencia y la elocuencia de los hombres, ya en la gloriosa vecindad de los ángeles...

¡Qué ejemplo el de aquellas águilas de antaño a la esclavitud y endebles de muchos varones de este siglo, los cuales, muy lejos de afrontar la vida en su eterna sazón y plenitud, en su armoniosa complejidad, desde la cima donde convergen todos los rayos luminosos de la naturaleza y del espíritu, luchan miserablemente al margen de su propio ser, extraños a su propia conciencia, vacíos de sí mismos entre el tumulto de las cosas exteriores, dejando cada día un jirón de su carne en las garras del tiempo y de la muerte, o se recluyen, ciegos y sordos a la fecunda realidad, en esas torres de marfil, en esos intelectualismos alambicados y es ériles, cárceles de la voluntad, sepulturas del amor, aulas de orgullo, de pedantería y de tristeza!

¡Felices vosotros los que sabéis conservar la virtud de la armonía como rasgo señorial del espíritu; los que, leales a vuestra hermosa tradición, no queréis olvidar que la Universidad de Salamanca fué el templo común a la ciencia de Dios y de los hombres; los que sabéis unir a las virtudes intelectuales el brio de la voluntad y el suave calor del corazón, manifestándolo así públicamente en estos homenajes conmovedores al sol del divino Sacramento!

Mostrar quisisteis también otras virtudes más humildes: la modestia, al traerme aquí, en tal alta ocasión, delante de vosotros, y la paciencia para oír mis palabras. Sólo un firme y cristiano propósito de humildad, nunca más dulce ni oportuno que en loas y fiestas del Señor, pudo inducir a los doctos maestros salmantinos para traer a sus famosos claustros un pobre poeta, a duras penas bachiller y enteramente profano en las viejas y en las nuevas disciplinas de vuestra Universidad. Y aunque ello suene a paradoja, fué en mi también humildad venir, tan pobre y tan desnudo, a estos lugares suntuosos, donde mi voz se pierde, donde los recuerdos abruman, donde la pesadumbre de tanta riqueza y tanta gloria bastaría a hundir en el polvo de los siglos aún a quien fuese más audaz y robusto que yo.

Hallo, con todo, otra excusa de mi presencia aquí: el amor entrañable que profeso a estas vivas memorias de la



Patria, y singularmente, a sus tradiciones sacramentales que hoy resurgen con nueva lozanía en el solar español, consagrado no ha mucho por nuestro Rey católico al Corazón Eucarístico de Jesús.

#### UN RECONOCIMIENTO ESPIRITUAL

Cunden ahora, dentro y fuera de España, un fuerte renacimiento religioso, una profunda reacción espiritual. Se anuncia la aurora de los grandes siglos eucarísticos. La humanidad padece una sangrienta crisis; ha tiempo nos hallamos todos bajo el yugo de formidables contradicciones, desorientados en medio de radicales y hostiles divergencias. Por todas partes se siente la aguda necesidad de rehacer nuestra civilización y arrojar de sí cuanto hay en ella de falso, de contrahecho y podrido. Huyen las cobardes

negaciones; las gentes piden certidumbres, afirmaciones supremas, síntesis poderosas que aten y concierten los elementos de verdad dispersos y confusos. Tenemos ansia de orientación, de claridad, de armonía.

Las muchedumbres, aquellas que no han perdido el sentimiento de su humanidad, que es la base del sentimiento superior de lo divino, vuelven al pie de la Cruz, tornan a los caminos del Sagrario, allí donde están, perpetuamente, la verdad y el concierto de la vida, la paz y el orden de todas las cosas, el vínculo de unión de todas las criaturas, el Amor de los Amores, en fin,

que en sutil apariencia encarcelado  
se nos ofrece por manjar al hambre  
de nuestras bocas, a la sed inmensa  
de eternidad que enciende nuestras almas!





**R**ICARDO LEÓN, EL GRAN NOVELISTA, el genialísimo artífice que supo cincelar poemas de exquisitez soberana, el hombre humilde que atesora virtudes admirables, el maestro, el amigo,

el hermano de cuantos luchamos en *VOLUNTAD*, ha conseguido recientemente en la histórica y evocadora Salamanca, uno de esos triunfos que sólo puede obtener quien sabe unir en tiernos desposorios la inteligencia y el corazón. *VOLUNTAD*, desdeñando vanos prejuicios, se considera obligada a hacer justicia a los méritos ilustres de su Director literario. Jamás pudimos hallarnos en un delicado apuro de más agradable dificultad. Pero no hay más remedio.

Salamanca, uno de los más nobles refugios del viejo espíritu español, se ha conmovido y ha vibrado con la prosa del alto novelista, con el arte sublime de su excelso cantor de un día... ¿Qué mucho, pues, que nosotros, pobres discípulos suyos, hermanos suyos en espíritu, le rindamos aquí, en su propia casa, el homenaje que se merece? Si nos cegase la admiración y si los vínculos del cariño y los lazos de la gratitud nos impidieran ser justos, menguada estaría la ética y la alteza de miras de la humanidad. Quien no tenga un afecto en este mundo que lance la primera piedra. Quien confunda el rumor de la justicia con el estruendo del ditirambo no puede ejercer aquí de magistrado que nos condene. Ya lo hemos dicho: somos, si se nos permite esa excesiva ambición, los más fervientes admiradores de este egregio maestro de las letras castellanas. Y en esta hora felicísima en que el famoso autor de «Casta de hidalgos» se acaba de encontrar en su glorioso camino con un triunfo resonante no podemos contener la voz de nuestra conciencia, no podemos obligarnos a silenciar, no ya el elogio que brota de nuestra pluma y que, aun siendo extenso y sentido, sería escaso y vulgar por lo efímero y ligero, sino algo más delicado, más íntimo y más valioso, algo que nos domina y conmueve porque es suyo y es nuestro, porque es la ofrenda de la alegría y el eco del entusiasmo y el placer del optimismo que ha despertado en nosotros el homenaje que Salamanca le ha rendido al Director literario de *VOLUNTAD*.

Hay quien afirma que la modestia humana es un mito y que la sencillez y la simplicidad de los grandes hombres sólo existe en el prólogo de sus brillantes disertaciones. Ricardo León no es así. El rico y el pobre, el grande y el pequeño, quien le conozca y le trate le hallará siempre lo mismo: siempre bueno y siempre humilde, noble amigo de todos, hermano de todos siempre. Ni busca elogios ni los quiere. Así se los merece mejor; y por eso hemos querido ahora pro-

digárselos. Su enojo se entibiará con la nobleza de la emoción que sentimos; emoción que se traduce en estas páginas improvisadas a última hora con la premura que exigen las circunstancias, con todo el cariño que nos inspira Ricardo León y —¿por qué no decirlo?— con la pena íntima y silenciosa que nos produce su delicada salud y el dolor que todavía está vivo y lacerante en su tierno corazón de niño por aquella desdicha inmensa que lloró desoladamente en el *Arroyo de los Galanes*... Días antes de su triunfo de ahora se cumplió el primer aniversario de la muerte de su madre, el gran cariño de su vida, la ilusión de sus trabajos, el consuelo de sus penas, la gracia de su alegría, el afán de sus triunfos, la bondad de sus quimeras, el deleite supremo de su gloria... Ricardo León estuvo esos días en Málaga, en la misma casita primorosa que se alza entre rosas y claveles, frente al mismo mar acariciador y tranquilo que tantas veces le inspiró en sus mocedades, bajo el mismo cielo milagroso por donde fué volando hacia Dios el alma pura y venerable de aquella santa viejecita... Allí, en el mismo lugar donde hace un año recogió en sus labios temblorosos el último beso de su madre, quiso ahora el poeta sentir con igual intensidad que entonces, con la mayor veneración y ternura, la incurable tristeza de su angustioso dolor... Y fué. Pero vino más enfermo, más triste, más desolado que antes... Y enfermo y triste y desolado, requerido cariñosamente y obligado por compromisos ineludibles, se puso en camino de la ciudad evocadora... Quisimos entonces adivinar los motivos de su tristeza y desolación; y evocando días muy tristes de nuestra dura existencia se nos quebró una pena en la garganta y subió luego hasta los ojos, deshecha y en lágrimas convertida, como el rocío en una flor.. Humanamente pensando ¿qué vale ni qué supone la satisfacción más grande de la vida si no la compartimos con quien supo querernos y adorarnos?... ¿Qué importancia pueden tener los elogios más valiosos, los aplausos más fervientes, si no vemos la sonrisa y no sentimos el abrazo de la santa mujer que aguarda, temblorosa, nuestro ansiado regreso de la lucha?... ¿Se puede comparar con ningún placer del mundo el que supone llegar triunfante al bendecido regazo y satisfacer la ansiedad de nuestra madre, de la pobre madre viejecita, diciéndole entre beso y beso:

—Pues verás... Cuando llegué a Salamanca...

Con lágrimas ardorosas hemos pagado ya el delito de esa triste evocación que nos hunde demasiado en ciegas meditaciones... Nos queda el consuelo de que los grandes poetas hacen sus mejores versos cuando perdonan las más pequeñas ingenuidades... Sin po-

derlo remediar hemos olvidado el elogio alegre y entusiasta y nos hemos sumado a la gran amargura del poeta y hemos sentido con él, de pronto, esa pena desgarradora que parece que toma cuerpo y se agranda en el espíritu cuando hay alguna fiesta alrededor... Y más aún, si en ese estado de ánimo tiene uno la desgracia de que le ría la fortuna...

¡Si tuviera uno a quien contárselo...!

Más he aquí que el poeta vuelve de su viaje fortalecido y brioso, paladín de su propio abatimiento, triunfador de su misma desventura... Porque allí —poderoso milagro de la Fe— se evadió su espíritu del oscuro *presidio de la carne*; se elevó a la cumbre de la Gracia y, encendido en áureos resplandores, vió, entre mármoles augustos, el desfile de la historia y el solemne triunfo de la tradición de Castilla... Cantó su lira de oro la fragancia exquisita y milagrosa del divino *Amor de los Amores* y fué su música solemne la caricia suave que mitigó su dolor... Fiesta insigne y amorosa, rica fiesta del espíritu. El sol de Roma brilló ese día como nunca en los patios monacales y en las calles platerescas de la vieja Salamanca... La aristocracia y el pueblo, iguales ante la muerte y hermanos ante *el Pan y el Vino de la Inmortalidad y de la Gloria*, pusieron su alma desnuda

bajo el tierno y dulce poderío de Cristo Sacramentado... Prendió en todos el fuego de aquella santa epifanía; y en ese resurgir glorioso de la gran virtud de nuestra raza, rindió el poeta su tortura en holocausto de Dios y halló consuelo y lenitivo a sus tremantes dolores... Fiesta única y bendita, santa fiesta perdurable de Cristo Nuestro Señor: su aroma de virtudes sabias y de anheladas eternidades estremeció el corazón del pueblo en la doliente quietud beatífica de su perpetua esperanza... Y ese ha sido el *sursum corda* que en su triste y humano abatimiento necesitaba el poeta para seguir entonando en sus largas horas de amargura ese hermoso *pange lingua* prodigiosa ofrenda de sus llagas a la Gracia única y eterna del Redentor de los hombres.

Perdón, maestro. Disculpe usted nuestra fatal osadía. Con la pluma y con el lápiz hemos pretendido darle una agradable sorpresa y... acaso, acaso, le hayamos hecho llorar... Pero ¿cómo era posible que conociéndole tanto dijéramos otra cosa?... Disculpemos y vea usted en lo que decimos el gran cariño que nos movió a rendirle en estas fervorosas líneas el homenaje de

VOLUNTAD

